El Cascaborras de 1857

[El Mosaico : periódico de literatura, ciencias y artes: Año I Número 10 –Baza. 1857 septiembre 13. pp.1-3]

«Cascaborras

I

Cascaborras! Cascaborras! Es el único grito, la única conversacion que se oye en Baza, la tarde del 6 de Setiembre.

-Va V. á ver á Cascaborras? Dice un amante novel al objeto de su cariño, con quien no sabe como entablar conversacion.

-Jesus! esclama la niña con remilgado acento: quite V. alla! Es un espectáculo que me horripila, que me afecta los nervios tanto como los toros.

-Tan sensible es V., señorita?

-Oh! no puedo transigir con ciertas groseras preocupaciones!

-Oye Paco, decia un pollo á otro pollo situado en un guardacanton, mejor harias en venirte a ver á Cascaborras, que no en hacer telégrafos á los balcones.

-Idos tú y tu Cascaborras con dos mil demonios!

-Oh poder de miriñaque! esclama filosóficamente nuestro interlocutor, y se alejó cantando con un aire de la *Traviata*, aquel tan conocido versillo:

Ay amor, como te has puesto!

-Vecina! gritaba desaforadamente cierta comadre de Rabalia á una viejecilla, cuyo acartonado busto es una protesta contra la muerte, y ya estará Cascaborras en S. Pedro Martir. No oye V. tocar las campanas de la Merced?

-¡Ay, hija mia! Suspiró la vieja, ya hace mucho tiempo desde que se me cayó el último diente, no quiere Dios que yo disfrute las cosas buenas de este mundo. Doce años han pasado por este cuerpo pecador, desde que cumplí los cuatro duros del pico y en buen hora lo diga, pero no me trocaria por ninguna jóven, pues sino fuera por un áire que el Señor me envió en estos remos, ¿cómo habia yo de faltar a ver a Cascaborras? Ah! que *cofadrias* venian allá en mi mocedad y que sermones nos *pedricaba* el padre Medoro!

-Tía Blasa, ahulló un monacillo de Santiago que á la sazón pasaba, no se dice pedricar sino predicar.

-Válgame Dios, hijo, bien dicen que para saber no hay como vivir. Pues como iba diciendo, vecina, aquello si que era *pedricar*. Qué pico de oro!

-Donde vas esta tarde? Preguntaba un caballero, como de cincuenta años de edad, a otro, chiquituelo, cargado de diges y que guiñaba para hablar,

-Yo, contestó el interpelado con voz de falsete, si quieres que te diga la verdad, no lo sé, Los títeres, me repugnan; la fuente del Acrebite, ¡oh desolacion!; ¡ el paseo , cuando sea anacoreta me retiraré al desierto!; el café ah! el café...mientras Sabatel no abra el

casino...; y Cascaborras, oh! Cascaborras, me repugna, me encocora, me apesta.

-No venis á los títeres? decia un muchacho á una turba de ellos que caminaban apresuradamente por la plaza de las Heras.

-No. Es mejor Cascaborras. Vente con nosotros. A Cascaborras! A Cascaborras! Y gritando como unos locos, desaparecieron por el Salitre.

II

Hay un espectáculo en Baza, uno tan solo, capaz de interesar, de conmover, de hacer furor entre sus pacíficos habitantes. Y no se crea que es el carnaval, ni tampoco el corte de la vieja, ni menos el patron del pueblo; ni aun siquiera las fiestas de moros y cristianos, de Zujar.

Es precisamente Cascaborras.

Cascaborras, es el héroe de la funcion á que aludimos; sus hazañas corren de boca en boca, y las lenguas viperinas de mas de cuatro y de mas de veinte comadres, abandonan sus ordinarias tareas, para ser el clarin de la fama de Cascaborras.

El Cascaborras data de una época que no hemos podido averiguar.

No consta en ningun archivo, ni leyenda, ni crónica, ni tradicion, ni aun en la Asnologia de Mr. Cancan.

-Y lo estrañamos, porque es un espectáculo de caracter, hasta si se quiere nacional que lamentamos no ver estendido, para honra y gloria de las costumbres del siglo.

Pero dejemos inútiles digresiones, y vamos al grano.

El grano es Cascaborras; luego ocupémonos de el.

Cascaborras! Dichosa edad, aquella en que mis labios pronunciaban trémulos de alegria tu prosáico nombre y en que mi mente se solazaba con la idea de tu venida, no se si mas, que con las vacaciones de feria que anunciabas!

Yo te saludo, Cascaborras, siquiera por los ratos que me has hecho pasar y por los recuerdos que despiertas en mi memoria, dulces, como la primera nacarada ilusion; puros como goces de la infancia; rientes , como los ensueños y las esperanzas y el cielo que cobija los primeros años.

Antes, mi alma se regocijaba en ti, y encontraba poesía en tu vestido multicoloro y en tus gestos de arlequin, y en el látigo que blandías, y en la bandera que tremolabas, y en tu facha, sin par grotesca.

Ahora te miro pasar con la sonrisa del desden, como la quejumbrosa endecha de mi inocencia perdida, como gemir de mi vida pasada.

Pero desechemos.

Tristes memorias del placer perdido;

Pues como dice Jorje Manrique, si la memoria no nos engaña.

Es fuente de humana vida

De dolor...

Y siempre el tiempo pasado

Fué mejor.

Es Cascaborras, un ente original, De rostro atezado, facciones duras, y talla corpulenta, viste librea amarilla parcheada de encarnado y verde, y la chaqueta con listas que le asemejan á una salamanquesa. Va armado de un látigo, de cuya extremidad pende una pelota, que es la pesadilla y el azote de los chiquillos.

Y apropósito del látigo, á el creemos que se deba la etimología de la palabra cascaborras.

El 6 de septiembre, á las 4 de la tarde, todas las colinas que dominan el poniente de la población, se ven coronadas de muchachos, que aguardan la llegada de Cascaborras. La gente mas formal y de mas peso, le espera en el camino que ha de llevar desde S. Pedro Martir hasta la Merced.

Lo primero que se observa, es la polvareda y la infernal gritería, que levantan los muchachos en cuya persecucion viene Cascaborras; despues aparecen procesionalmente hasta una docena de mugeres, cabalgando en asnos, y por cierto dan muy pobre idea del bello sexo guadiseño; á seguida, van los mayordomos con el estandarte y la bandera de la virgen de la Piedad, y por último se divisa una acémila cargada de cohetes, seguida de un tambor retirado, que toca gravemente, sobre un borrico, la marcha guerrera á cuyo compas se adelanta la cofradia.

De este modo atraviesan las calles, en medio de una numerosa concurrencia, hasta llegar á la iglesia de la Merced, no sin que antes Cascaborras, haya dado el abrazo de bien venida, á cuantas hijas de Eva encuentra al paso. Ya en la plazuela de la Merced, entrega el mayordomo la bandera á Cascaborras y este entrando en la iglesia, da principio á lo que se llama, el *juego de la bandera*. Acurrucados los muchachos al rededor

De Cascaborras, este, de pie, tremola la bandera sobre sus cabezas, largo rato, acabando con el grito de ¡viva la virgen de la *Piada*! á que sigue la completa dispersion de los muchachos, que saludan á Cascaborras con los espresivos epítetos de, *cascaborras*, *pringue de zorra, rabo de viento*, etc. etc.

Los dos siguientes días, se repite la escena en las calles principales á son de tambor y con algunos cohetes de añadidura, no habiendo muchacho que falte al acompañamiento de Cascaborras, desde que entra, hasta que se va con la música á Guadix, patria de esta alimaña del siglo XIX.

-Tal es Cascaborras.

Y si lector dijeres ser comento,

Como lo vi, lo mismo te lo cuento.»

DANIEL J. JIMENEZ